

Nº 1764
3-6-965

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª É P O C A

Año 1963 - Número 117



SEVILLA

PUBLICACIONES

DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL



088

ARCHIVO HISPALENSE

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTORICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA



2.º SEMESTRE
AÑO 1924

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS Y LINGÜÍSTICAS
DE LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA
CALLE DE LA UNIVERSIDAD, 100 - LA HABANA



EJEMPLAR NÚM. 330

ARCHIVO HISPANENSE
DEPÓSITO LEGAL, SE-25-1958

HISTORICA LITERARIA
Y ARTISTICA



IMPRESO EN ESPAÑA.

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 29. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Epoca
Año 1963

Tomo XXXVIII
Número 117

PUBLICACIONES
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª ÉPOCA

1963

ENERO-FEBRERO

Número 117

CONSEJO DE REDACCIÓN

Excmo. Sr. D. MIGUEL MAESTRE Y LASSO DE LA VEGA, Presidente de la Diputación Provincial.—Ilmo Sr. D. Pedro VALVERDE FREDET, Presidente de la Comisión de Educación —Excmo. Sr. D. JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ.—Sr. D. Jesús ARELLANO CATALÁN.—Sr. D. FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA. Sr. D. Antonio MUÑOZ OREJÓN.—Sr. Secretario de la Diputación Provincial.—Sr. Interventor de la Diputación Provincial.

Director—Sr. D. Manuel JUSTINIANO Y MARTÍNEZ,
Secretario de Redacción.—Sr. D. José Manuel CUENCA TORIBIO.

Administrador.—D.ª Araceli SHAW GARCÍA.

Viceadministrador:—Srta. Francisca CABRERA FERNÁNDEZ.

SUMARIO

Págs.

ARTICULOS

- X Manuel Justiniano y Martínez. —*Sicografía del Almirante don Pascual Cervera y Topete*..... 9
X Rafael Laffón Zambrano. —*Contestaciones de R. L. al Cuestionario propuesto por "Archivo Hispalense"*..... 55
X Carlos García Fernández —*Sevilla en Azorin*..... 81

MISCELANEA

- X José Luis de la Rosa Domínguez.—*El perfil humano de un gran maestro*..... 91
X Antonio de la Banda y Vargas —*Dos dibujos sevillanos de Rafael Monleón*..... 95

LIBROS

- X *Padre Andrés Llordén, Agustino*.—*Arquitectos y canteros malagueños*, por M. J. M..... 99
X *Emila Cobos Mancebo*.—*Nuevos mundos, nuevos santos*, por José Félix Navarro Martín..... 100
X *José Luis Comellas*.—*La teoría del Régimen Liberal español*, por José Manuel Cuenca Toribio..... 101
X *España*, por José Félix Navarro Martín..... 104
X *J. R. De Salis*.—*Historia del Mundo contemporáneo, tomo III*, por José Manuel Cuenca Toribio..... 106
X *Raymond Racine y otros*.—*Hacia una Europa sin fronteras*, por José María Madrazo y Madrazo..... 110
X Cronista Oficial de la Provincia.—*Crónica de la Diputación*..... 113
Revista de revistas..... 119

PRESENTACIÓN

COLABORAN EN ESTE NÚMERO:

MANUEL JUSTINIANO Y MARTÍNEZ,
Director de «Archivo Hispalense», Cronista Oficial de la Provincia.

RAFAEL LAFFÓN ZAMBRANO, Licenciado en Filosofía y Letras, publicista y poeta, académico de la de Buenas Letras de Sevilla, colaborador de la antigua revista «Mediodía», de Cuadernos Hispano - americanos, «La Estafeta Literaria», «Caracola» y otras. Laureado con Premios Nacionales. Domiciliado en Sevilla, en calle Cardenal Spínola, 16.

CARLOS GARCÍA FERNÁNDEZ, abogado en ejercicio, académico electo de la de Buenas Letras de Sevilla. Poeta, antiguo colaborador de la revista «Mediodía».

También escriben: ANTONIO DE LA BANDA Y VARGAS, JOSÉ LUIS DE LA ROSA DOMÍNGUEZ, JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO y JOSÉ FÉLIX NAVARRO MARTÍN.

SEVILLA EN AZORÍN

*¿No habéis visto esas fotografías
de ciudades españolas que en 1870
tomó Laurent?*

AZORIN

EL 6 de junio de 1873, en los azarosos días de la primera república española, nació en Monóvar, en la casa número 6 de la calle de la Cárcel, José Martínez Ruiz.

Al cumplirse noventa años, casi un siglo de labor, de un autor que ha hecho famoso un apellido familiar, Azorín, queremos poner este modesto homenaje a quien ha dado y aún da, páginas que colman de ilimitada gloria a nuestras letras. "Páginas egregias, cuya belleza pervivirá libre de corrupción", en frase de Ortega.

De cuantos han escrito en nuestro idioma, primitivos, clásicos, modernos, ninguno ha podido superar la cortada limpidez del estilo de su prosa.

Un día oímos decir a José María de Cossío que si toda la literatura española se perdiese menos aquellas páginas de "Una ciudad y un balcón", bastarían éstas para que los eruditos alcanzaran a comprender la grandeza del castellano y su asombroso esplendor.

Cierto que esta triple imagen, montada sobre un decir de Garcilaso, es de lo más hermoso que podemos leer; mas hay otras muchas que traen ante nuestros ojos a España, sus pueblos, sus escritores, sus filósofos, sus artistas, sus hidalgos, sus artesanos, y que recorren sus paisajes y los azares de gloria, fracaso o renuncia del acontecer nacional.

Sus mejores momentos han sido para Castilla, para la tierra que veía Gonzalo de Berceo desde la ventana de su celda: "El paisaje fino y elegante... unos prados verdes, aterciopelados, un riachuelo que se desliza lento y claro y un grupo de

álamos que se espejean en las aguas límpidas del arroyo". O aquella otra que el Infante Don Juan Manuel, al terminar uno de sus capítulos, contemplaba y le servía de descanso: "...el severo y noble campo de Castilla; una serranía azulina, con cimas blancas, cierra el horizonte; hasta la línea azul se extiende una campiña suavemente ondulada por los oteros y recuestos."

Desde Castilla ha partido el escritor, siguiendo el sentido histórico expansivo, hacia las demás tierras de España; pero antes se ha detenido en los jardines castellanos de viejos olmos con troncos recios y rugosos, con su fronda áspera, oscura; estos jardines, que no son casi jardines, desde los que cuando la ciudad reposa y va cayendo la tarde, se escucha la campana de algún convento; luego, al llegar el crepúsculo, entran estos jardines en armonía y comunión íntima y secreta con el ambiente y las cosas que les rodean, "con las tumbas de los guerreros y de los obispos, con la alta torre, con las columnas del claustro, con el cielo oscuro y sereno, con el parpadear brillante de las estrellas, con las campanadas del Angelus, que caen lentas, sonoras, pausadas, sobre la ciudad..."

Y nos ha mostrado Azorín la Galicia de Rosalía, de Curos y Valle-Inclán, con notas tristes y trágicas de un temor inconcreto; "el verde suave y ese gris melancólico de la maravillosa Asturias"; la alta y silenciosa montaña de Cataluña que enmarca a lo lejos la ciudad y él la prefiere al tráfago fabril, al ruido de las máquinas, al rumor urbano; las Vascongadas, donde ha gustado de "los maravillosos caminos, llanos, cuidados, que serpentean por las alturas, dando vueltas a los montes y descienden a lo hondo de los gollizos y lamen los riachuelos claros"; su Levante natal donde se detiene en las ciudades viejas, en las casas con patizuelo de alelíos y geranios —como la de su tío Antonio—, en las iglesias abandonadas o a las que una extraña e invencible desidia colectiva dejó sin terminar y conversa con los hombres de su familia y vecindad; Alicante con el campo sembrado de flores amarillas y el azul del mar y otro más inmenso, el del cielo.

Viene a Córdoba, donde admira "la nota de severidad, de sobriedad, de ascetismo", y echa de menos el ambiente de sutil voluptuosidad que se respira en Sevilla.

Porque Sevilla tiene para él algo que le hace olvidarlo todo, conmoverse, añorar cosas ignoradas, "es la luz; son las sombras gratas; son los caminos suaves de un crepúsculo; es un naranjo en un patio empedrado de menudos guijos; es una callejuela blanca de cal (y silenciosa, profundamente silenciosa); es un

alcotán que revuela blandamente en torno a la Giralda, sobre un cielo azul límpido”.

En su alcázar permanece extasiado entre sus flores, lejos de todo ruido, salvo las claras campanas de la torre en cuyo torno se cernía el ave.

“Sentimos una profunda simpatía por Sevilla; ahora y siempre”. “Sevilla es el silencio, la elegancia, el señorío en el decir y el obrar, la profunda espiritualidad creada por una larga tradición de arte, de poesía y de riqueza”.

Quisiera vivir en una silenciosa casa vieja que describe con estancias claras y sonoras, pasillos, puertecillas de cuarterones, un patio con ciprés y muros por los que reptan los jazmines, desde cuya casa oíría claros pregones. Estos pregones sevillanos que un poeta, Luis Cernuda, nos ha evocado desde lejos.

Con este motivo trae a colación el pregón de Quijá, el florero, que recoge de un estudio publicado en 1886 por don Antonio Machado Alvarez. La larga y abigarrada canción en su desordenada algarabía, da pintorescas noticias del ambiente de la ciudad. Este Quijá era, según don Luis Montoto, “un bardo errante” que vendía sus flores en las cálidas tardes veraniegas pregonando sus hechizos, cantor de las flores humildes, las flores de la mujer del pueblo. De su trágico fin nos ha hablado otro Montoto, don Santiago, hijo del anterior.

Aparte estas evocaciones de Sevilla, alguna de ellas en torno a la figura del Duque de Rivas, hay otras más concretas. De las mejores es su viaje de 1905, el fatídico año del hambre, como enviado especial de un periódico de Madrid. Es curioso anotar que en este viaje en cierto modo es en algunos momentos arbitrario, como un turista extranjero; le llevan a ello la fuerza del consonante y el entusiasmo.

Tras una noche de tren “lentos aún los ojos del austero paisaje de la Mancha”, oye al mozo de estación, que dice: ¡Lora del Río! Se asoma a la ventanilla, tendiendo sus miradas por la campiña y encontrando un paisaje “suave, claro, plácido, confortador, de una dulzura imponderable”. La hora es propicia, puesto que acaba de amanecer, y sobre el campo cae una luz sutil, que va alejando la neblina, se destacan las casas blancas del pueblo, “se perfila, fina, gallarda, aérea, la torre”. Una sugestión honda le invade, que no sabe si atribuir al pueblo que contempla bañadas por la luz de la mañana sus blancas paredes. Arranca el tren. Pasa por Cantillana, ve las piteras de los lados de la vía, tras el pueblo, lejos, “la serranía adusta, hosca, pone su fondo zarco”. Luego Brenes, de nuevo el río; a lo lejos la silueta de una torre que no puede confundirse con ninguna.

El andar lento de los hombres, el verlos descansar arrimados a la pared, sus movimientos rítmicos de brazos y cuerpo, sin chabacanismo, con elegancia; la forma de llevar la chaqueta al hombro un obrero o un labriego, los gestos, todo le atrae y le subyuga.

Ya tenemos en Sevilla al escritor. El cochero le conduce a una fonda de blanco y limpio patio con mecedoras y piano. Sale a la calle impaciente; toma el tranvía, cuyo cobrador "es un sevillano menudito, airoso", que lleva la bolsa sobre el hombro con una elegancia principesca y al que una mujer le pregunta desde la acera: "¿Y Salú? ¡Hoy ta mejó!", contesta. Nuestro viajero les oye entre complacido y asombrado.

Le gustan los nombres sonoros, nobles, de las calles. Pasa por el Matadero, recuerda a los jiferos de Cervantes en el Coloquio de los Perros. Sigue su recorrido, ante las murallas. Vuelve al centro, ante un mercado le gustaría conversar con un viejo que vende muñecos de cartón. Se fija en su eterna afición por los menestrales, en barberos y pajareros.

El sol, los balcones, las puertas de los zaguanes abiertas, la música de organillo, las actitudes señoriles y despreocupadas de los transeúntes, aumentan su entusiasmo en este paseo a lo largo de la circunvalación del tranvía.

Esta es la capital que vio en 1905. Con honda y afectuosa delicadeza nos la describe.

Hay otra estampa, en el libro España, que se llama "Horas en Sevilla". Ignoramos si es del mismo viaje o de otro posterior. Empieza levantándose en una fonda donde le han despertado golpes, gritos, son de cencerros, campanillazos de tranvías y, otra vez, los pregones. La fonda en que se hospeda es modesta, huele a aceite frito, no parece la misma limpia de antes, el mozo que le sirve tiene barba de una semana. En un paseo que da se detiene en el Patio de los Naranjos, contempla la taza de la fuente, mira hacia la Giralda en torno a la que vuelan unos avechuchos. Siente "una sensación de olvido y de serenidad" que vienen de la fuente, de las piedras seculares y negras, del cielo azul, del vuelo elástico de las aves, del son cristalino de las campanas.

En la Catedral huye de lo fastuoso, busca las capillas más apartadas donde la soledad es mayor. Sigue recorriendo la ciudad, logra que su espíritu se llene "de placidez y optimismo".

Su visión de la provincia, en el viaje del año 1905, es menos amable. Llega en unos momentos en que el problema social está más agrio que nunca. La escasez de aquellas fechas infaustas han creado una terrible demagogía. "Esta no es una dema-

gogía razonada, libresca, literaria: es un nihilismo instintivo, natural, espontáneo. Y es un nihilismo que fomenta el desvío de los señores, el desamparo del Estado, la inanición". El médico de Lebrija así se lo dice, porque Azorín está en este hermoso pueblo, al que ha llegado en el tren, donde un mozuelo descalzo, tostado por el sol, le lleva, sobre sus hombros, su raída capa de hidalgo, por dos reales.

La descripción de este lebrijano, Benito Cano López, está en breves renglones dada con realidad y gracia.

Comienza a caminar por las calles del pueblo de casas blancas, algunos viejos caserones con su escudo enjabelgado de cal nítida, rejas anchas, nobles y soberbias que sobresalen sobre la acera. El pueblo está silencioso; en el centro de la Plaza, la cara rapada y las guedejas de Nebrija destacan en bronce. Llega a la única fonda en cuyas paredes hay colgados unos paisajes chillones, un retrato de Castelar y una lámina con efigies a todo color de Serrano, Prim, Méndez Núñez, Espartero y López Domínguez. Pasa al comedor, donde Consolación le sirve con prontitud y gracejo. Va al Casino, lo encuentra vacío y desolado. El mozo le advierte que no acuden a él los señores. Se reúne más tarde con los obreros que están en paro, sin jornal, repartidos entre los propietarios que les dan una pequeña cantidad. Hace cálculos con ellos de sus ingresos y sus necesidades. Saca una impresión dolorosa. El problema para él se convierte en una interrogación formidable.

A otro pueblo de nuestra provincia al que alude en cierta ocasión es a Utrera, hablando de las Vírgenes Patronas de las ciudades españolas y mencionando a la de Consolación.

Así vio esta tierra el escritor hoy nonagenario. Sus reflexiones sobre ella son breves, pero hechas con hondura.

Atribuye Ortega y Gasset otra gran virtud a las ya señaladas de Azorín. El haber difundido con entusiasmo los libros castizos, los libros castizos españoles.

Por eso, aparte de la visión local le interesaron también nuestros autores. En una de las primeras obras hace oportuna y bellísima cita de Rioja en aquellos versos en que censura al sol por su fuerza. Otras veces alude a Herrera, a Baltasar del Alcázar y a otros poetas de las distintas épocas de la escuela sevillana. Ante Fernán Caballero, tan ligada a Sevilla, encuentra una Andalucía serena y sencillamente poética; quizá una de las más claras versiones de ella.

Hace unos años, en el "A B C" hablaba con elogio de don Luis Montoto; pedía la publicación de un tomo con sus obras selectas, y aprovechaba para mencionar a Rasco, el impresor que

llevaba con esmero a las prensas las obras de los eruditos hispalenses, que salían de su taller en primorosos papeles de hilo.

Azorín ha visto Sevilla y la evoca con cariño. La ciudad— amada de Cervantes y Lope— ha sido objeto de continuadas alabanzas, ya que pocos la han atravesado en silencio. Su señorío y esa espiritualidad de la que, a través de los siglos, se siente celosa depositaria, hacen que sepa distinguir y recoja como uno de los más altos tributos, el que este prosista impar ratifique su encanto.

El encuadramiento de nuestro autor suele hacerse, de forma convencional, en fondo castellano, por lo que Laín Entralgo ha llamado “su repetida emoción de Castilla”. Discrepa Juan Ramón Jiménez, que cree que su toque fino está en Levante. Con amplio sentido español ha recorrido todo el país y al escuchar los pregones y las campanas de la Giralda, encontró tema emotivo y punto de partida de una conmovedora añoranza.

Con pesimismo notorio consignó al final de *Los Pueblos*, un capítulo o epílogo que había de tener lugar en 1960. Una conversación de unos señores de su tierra nativa —don Pascual, don Andrés, don Fulgencio y Rafael—, que en la fecha prefijada no podían ya determinar quién era Azorín. Discutían ignorando si era novelista o autor dramático y uno de los contertulios —nos parece recordar que don Andrés— asegura haber leído versos suyos.

El año 60 ha pasado. Dios ha concedido vida larga a José Martínez Ruiz, que atravesando la frontera, que él temió del olvido, puede gozar de la gloria que rara vez es lograda antes de la muerte.

CARLOS GARCIA FERNANDEZ

Paseo de las Delicias, 3. Sevilla



NOTA BIBLIOGRÁFICA

Sin criterio exhaustivo hemos de señalar las fuentes de que nos hemos valido para el anterior artículo.

Azorín: *La Voluntad*. Renacimiento. Madrid, 1913.

Azorín: *Los Pueblos*. Renacimiento. Madrid, 1913.

Azorín: *Un Pueblecito*. Residencia de Estudiantes. Madrid, 1918.

- Azorín Lecturas Españolas. Thomas Nelson and Sons, Ltd. Edimburgo, 1913.
- Azorín; España. Madrid, 1909.
- Azorín; Andando y paseando. Editorial Páez. Madrid, 1929.
- Azorín; El paisaje de España visto por los españoles. Núm. 164. Austral. Espasa Calpe Argentina.
- Azorín; Rivas y Larra. Núm. 674. Colección Austral. Espasa Calpe. Argentina.
- Azorín; Pueblo. Biblioteca Nueva. Madrid, 1929.
- Azorín; Páginas escogidas. Calleja. Madrid, 1917.
- Ramón Gómez de la Serna. Azorín. La Nave. Madrid, 1930.
- José Ortega y Gasset; Obras Completas. Espasa Calpe. Madrid.
- José Ortega y Gasset; Azorín o primores de lo vulgar. 1917.
- Luis Montoto; "La calle de las Sierpes". Gironés. Sevilla, 1920.
- Antonio Machado; Soledades, galerías y otros poema. Colección Unival. Núm. 27. Calpe. Madrid, 1919.
- Julián Marías; Los Españoles. Revista de Occidente, Madrid, 1962.
- Rafael Alberti; Imagen primera... Editorial Losada. Buenos Aires.
- A Cruz Rueda; Prólogo y notas a las obras completas de Azorín. Aguilar, 1947.
- Unamuno; Ensayos. Residencia de Estudiantes. Madrid, 1918.
- Azorín; Artículos varios en "A B C".
- C. García Fernández; Azorín, los toros y Merimée. Artículo en "A B C", de 16 abril 1944.
- Azorín; Artículos varios en "El Sol". Madrid.



